

acompañado del de Berry y los miembros más importantes de la nobleza francesa, para ponerse al frente de la insurrección. Jorje, ejecutando lo convenido, había desembarcado en Biville, punto de la costa solitario y bravío, con algunos otros chuanos resueltos, dirigiéndose todos á París por caminos extraviados de ellos conocidos. Nadie les molestó, sea por no saberse inmediatamente su arribada, sea por dar tiempo á que el complot se organizase y los demás conjurados cayeran en la red; sólo se echó mano en Septiembre y Octubre, á algunos cómplices subalternos, á parte de ellos en el acto de saltar en tierra, en Pont-Audemer, y á los restantes, en París. Se verificó en Diciembre un segundo desembarco en el mismo acantilado de Biville, y el tercero llevóse á efecto en Enero siguiente. De la última expedición formaban parte Pichegrú, el marqués de Riviere, los dos Polignac y los principales jefes de la emigración militante. El conde de Artois y el duque de Berry no debían presentarse hasta que estuvieran terminados todos los preparativos. El complot tan artificiosamente favorecido, ya que no organizado por la policía consular, caminaba con rapidez á su desenlace; pues, aunque los agentes del primer Cónsul no conocieran ni el punto preciso del desembarco ni los lugares de refugio, sabían que la mayor parte de los conspiradores se hallaban en París ó irían allí de un momento á otro. El día antes de volver Pichegrú á pisar el territorio francés, el orador del gobierno leía al Cuerpo legislativo la *Memoria* ó estado acerca de la situación de la República, donde se encontraban las siguientes palabras dignas de atención: «El gobierno británico intentará arrojar, y tal vez ha arrojado ya á nuestras costas, algunos de esos monstruos que ha alimentado para desgarrar el suelo que los vió nacer.» El objeto de esta predicción era preparar los ánimos para los sucesos que iban á seguir; pues no podía dejarse más tiempo en libertad á los conjurados que estaban en París, sin exponerse á serios peligros. Por tanto, el veintiuno de Enero, el primer Cónsul se decidió á hacer juzgar á los chuanos Picot, Lebourgeois, Querelle y otros, que dijo haber venido de Londres con la misión de asesinarle y á quienes, no obstante la gravedad del crimen que les imputaba, había tenido presos desde Septiembre, como si no se acordara de ellos. Desde el primer instante se les puso en la alternativa de confesar ó de ser pasados por las armas, y, efectivamente, fusilaron á Lebourgeois y á Picot, cuyas explicaciones no satisficieron. Iba á sufrir Querelle la misma suerte; pero, atemorizado, pidió hacer revelaciones, y con su declaración hubo bastante para encabezar un proceso. Se pudo ya probar judicialmente la entrada de Cadoudal en Francia; averiguóse el sitio preciso del desembarco, cosa que antes se ignoraba, y confirmado este hecho por un tal Troche, que había servido de guía á los chuanos, Bonaparte mandó á Biville á su hombre de confianza. Savary, que no abandonó el acantilado por espacio de diez y ocho días, reconoció al brik inglés y se esforzó en vano en atraer á la costa, con falsas señales, á los últimos conjurados.

El primer Cónsul se dedicó personalmente á descubrir el complot hasta en sus más

distantes ramificaciones y á perseguir á los culpables, dando pruebas en ésto, como en todo, de su iniciativa y actividad extraordinarias: designó por sí mismo las casas que debían registrarse y los individuos que podían facilitar informes; decretó arrestos; dirigió interrogatorios. No hubo medio que repugnase emplear, llegando al extremo de pedir al ministro español que le entregara, ó enviase á los presidios de Africa, á dos obispos franceses que se habían refugiado en la Península y á quienes acusaba de connivencia con los conspiradores. Fouché, separado con anterioridad de su cargo, pues, si prestaba excelentes servicios, era hombre que nunca se entregaba por completo, trabajó por su cuenta en esta ocasión, haciendo alarde de su habilidad y experiencia, y como generalmente sus informes eran más exactos que los del gran juez, Bonaparte le dijo un día, no sin cierta admiración: «¿Sigue usted, pues, ocupándose en asuntos de policía?»—«¡Oh, replicó modestamente el antiguo convencional, conservo algunos amigos que me tienen al corriente!» Las averiguaciones y pesquisas encaminábanse, sobre todo, á comprobar la existencia de recientes relaciones entre Pichegrú y Moreau; pues hacía falta un motivo ó pretexto cualquiera para proceder contra el último de los generales citados. Al fin, se encontró lo que se buscaba. Uno de los detenidos, Bouvet de Lozier, perteneciente al séquito de Jorje, trató de escapar por medio del suicidio á la horrible suerte que presentía, mas sus guardianes, socorriéndole á tiempo, consiguieron volverle á la vida, y á la mañana siguiente prestó ante el juez Real la famosa declaración, probablemente retocada por éste, que debía ser causa de la desgracia de Moreau, de quien dijo que, después de haber prometido defender á los Borbones, se había retractado, proponiendo en su lugar á los realistas que trabajaran para él proclamándole dictador. En corroboración de sus palabras, citaba los hechos de haber tenido Moreau una entrevista con Pichegrú y Jorje, en el boulevard de la Magdalena, y otra á solas con Pichegrú, en el domicilio del último: de la primera de estas conferencias había sacado Jorje pésimas impresiones, y en la segunda descubrió Moreau su pensamiento. Ninguna prueba adujo Bouvet de las pretendidas promesas del general sino las falsas seguridades dadas por Lajolais, y en cuanto á que hubiese propuesto aquél á los legitimistas que le ayudaran á derribar á Bonaparte en su propio provecho, era una afirmación cuya inverosimilitud saltaba á la vista. ¿Cómo, en efecto, podía creer Moreau que los monárquicos, cuyo tesón conocía, iban á renunciar repentinamente á sus ideas y esperanzas y, menos aún, á convertirse en instrumento de su ambición, cabalmente en el momento de burlarlos y lanzarlos quizás á la muerte? La verdad era que Moreau nunca había hecho promesa ninguna á los realistas, que se disgustó mucho cuando Pichegrú le presentó á Jorje en el boulevard de la Magdalena, que hizo delante de Cadoudal protestas de su sincero republicanismo y que, en la conferencia que celebró á solas con su antiguo compañero de armas, le afeó sus compromisos con los Borbones. El mismo Bouvet debía desdecirse más adelante, y aun al fulminar su acusación contra Moreau,

reconocía «que acaso no estaba apoyada más que en semipruebas.» Pero decidido el primer Cónsul á inutilizar al que miraba como rival de su gloria y era señalado por la mayoría como sucesor suyo en caso de ocurrir cualquiera contingencia, mandó encarcelarlo. Las revelaciones de Bouvet confirmaban la presencia en París de Pichegrú y Cadoudal, de que ya antes tenía conocimiento la policía, á pesar de lo cual no acababa de echarlos mano, aunque los perseguía como á bestias feroces. Exasperado Bonaparte viendo que pasaban los días sin que aquellos cayeran en su poder, hizo votar al Cuerpo legislativo una ley atroz, que imponía la pena de muerte á todo el que diese asilo á Pichegrú ó á sus cómplices, y seis años de cadena á cuantos, sabiendo donde se ocultaban, no los denunciasen. Al mismo tiempo se cerraron las barreras de París; se hizo vigilar cuidadosamente el río, y se colocaron centinelas en lo alto de las murallas para que nadie las escalase. La población fué entregada á la policía; fué víctima de continuas zozobras; hubo violaciones de domicilio y arrestos nocturnos; reaparecieron, en una palabra, los tristes días del Terror, y todo únicamente para satisfacer el orgullo y calmar la sed de venganza del primer Cónsul, el cual, en el período de mayor alarma, escribía con toda tranquilidad á Melzi, su representante en la Cisalpina: «Realmente no he corrido ningún peligro, pues la policía no apartaba su vista de todas estas maquinaciones.» Tampoco era exacto que los conjurados pensaran nunca en asesinarle, como aseguraba: el proyecto de aquellos era provocar una insurrección, no cometer un atentado individual, y el mismo Jorje, cuando se convenció de la imposibilidad del levantamiento, concibió la idea de asaltarlo en público, en medio de su guardia, con fuerzas iguales: idea descabellada y absurda seguramente, pero que distaba bastante de las intenciones que le atribuían. No era posible que hubiesen entrado en el complot tantas personas dignas, aunque extraviadas por la pasión política, como en él figuraban, si no hubiera tenido más objeto que perpetrar un odioso crimen.

De cualquier modo que fuese, el espanto había cundido entre los habitantes de París, y el veintiocho de Febrero arrestaba la policía á Pichegrú, entregado por un amigo, de quien implorara asilo. A Cadoudal no pudo detenerle hasta el nueve de Marzo, y algunos días antes habían sido presos los dos Polignac y el marqués de Rivière. Estaban, pues, en manos del gobierno todos los jefes de la conjura que vinieran de Londres; pero Savary tuvo que volverse de Biville aburrido y mal humorado, por la decepción experimentada.

Bonaparte, no obstante, se hallaba resuelto á herir personalmente á los Borbones, para escarmentarlos de las conspiraciones y aterrorizar á sus partidarios; y como se le habían escapado el conde de Artois y el duque de Berry, dirigió en torno suyo la mirada buscando en quién cebar sus tremendas iras. Por desgracia, residía cerca de la frontera francesa, aunque en territorio de Baden, un Borbón, el duque de Enghien, nieto del príncipe de Condé. Era un joven valiente y caballeroso, que después de la guerra se había retirado á

Ettenheim, atraído por la pasión que le inspiraba la princesa Carlota de Rohán, á quien desposó en secreto. Fijar en él los ojos y resolver apoderarse de su persona, fué obra de un instante para el primer Cónsul. No le contuvo la violación de territorio que iba á cometer, y tomando como pretextos la presencia en Ettenheim de Dumouriez y el rumor que circulaba de que el príncipe había ido algunas noches á Strasburgo para asistir al teatro, mandó á los generales Ordener y Caulaincourt que se partiesen para Strasburgo, debiendo el primero avanzar á Ettenheim y prender al príncipe, costase lo que costase, y el segundo hacer pesquisas en Wisemburgo y Offenburgo, para ver si topaba con los agentes ingleses que se decía andaban por allí. Estas órdenes se cumplieron sin demora. El quince de Marzo, Ordener cercó la población y castillo de Ettenheim, y el duque de Enghien, cogido de improviso, se entregó al coronel de gendarmería Charlot. Lo condujeron á Strasburgo, donde inmediatamente se recibió aviso de llevarlo á París; hízose así sin pérdida de tiempo, y el día veinte lo encerraban en el castillo de Vincennes para fusilarlo en la madrugada del veintiuno, en los fosos de la fortaleza. Una comisión militar, nombrada expreso por Bonaparte, lo había juzgado á las altas horas de la noche, sin público, sin testigos, sin defensores. No fué aquello un juicio, sino un asesinato: cuando el príncipe llegó á Vincennes, ya habían cavado su fosa. Los cargos que se le imputaban eran irrisorios. Ni Dumouriez estaba en Ettenheim, ni el hecho de entrar furtivamente en Strasburgo constituía un delito digno de ser castigado con pena de la vida. Se ha supuesto también, para atenuar el horror del crimen cometido por Bonaparte, que las declaraciones de uno de los domésticos de Jorje hicieron creer que el duque de Enghien era el príncipe esperado por los conspiradores para lanzarse á la rebelión y que había estado varias veces en París; pero esto no es más que una novela: el duque de Enghien no conocía á Pichegrú ni tenía la menor noticia del complot, ni podía nadie figurarse que era él el llamado á ponerse al frente de la insurrección, cuando constaba que á quien aguardaban los conjurados era al conde de Artois. Todos cuantos esfuerzos se ha intentado hacer para atribuir á error del primer Cónsul, ó á precipitación por parte de los jueces ó ejecutores de la sentencia, la trágica muerte del infortunado príncipe, han sido vanos. El sangriento borrón manchará perpetuamente la memoria de Bonaparte.

Cuando lo sucedido fué del dominio público, brotó en los ánimos un sentimiento de estupefacción y de tristeza: todos estaban persuadidos de la inocencia del Duque. Pero la indignación desahogóse secretamente en el hogar de las familias ó en el seno de la confianza; sólo los periódicos aventuraron algunas tímidas observaciones: ¡tanto se habían deprimido las conciencias y rebajado los caracteres en cuatro años de servidumbre! En el extranjero, la catástrofe de Vincennes causó un efecto desastroso. En Prusia faltó poco para que la población irritada no se arrojase sobre los residentes franceses; la corte de San Petersburgo vistió de luto por el príncipe, y en una nota seca y altanera, dirigida por

el gabinete ruso al gobierno consular, se denunció el atropello cometido en Ettenheim como «una violación gratuita y manifiesta del derecho de gentes», diciendo, además, que el Emperador se reservaba llamar la atención de la Dieta de Ratisbona acerca del asunto. Suecia imitó valerosamente la conducta de Rusia. Mas los pequeños príncipes alemanes asustados guardaron silencio; Austria, aislada y acordándose de Marengo, tampoco protestó, y aun Cobenzel tuvo la debilidad de decir al embajador de Francia en Viena, mas sólo en conversación privada, que «su señor comprendía las necesidades de la política:» palabras que se repitieron en París dándoles un valor que no tenían.

Apenas empezaba á calmarse la emoción producida por la muerte del duque de Enghien, cuando se propaló la noticia de haberse suicidado Pichegrú. Este, en efecto, había aparecido extrangulado en su prisión. Su muerte levantó rumores y despertó sospechas, cuya exactitud, sin embargo, no ha podido comprobarse.



EL IMPERIO

CAPÍTULO QUINTO

Napoleón emperador y rey.

oco después de verificarse el rompimiento de la paz de Amiens, Fox escribía á un sobrino suyo diciéndole que, según se afirmaba, Bonaparte iba á hacer que le proclamasen emperador de las Galias. Tal era, en efecto, como sabemos, el más vehemente anhelo del antiguo jacobino, que sólo esperaba la ocasión de ceñir á sus sienes la corona de Carlomagno. El complot de los realistas le vino de perlas para la realización de sus planes. Los espíritus se habían conmovido profundamente; tantos intereses como la revolución creara sintiéronse alarmados; protestas de adhesión, espontáneas ó sugeridas, llovían de todas partes; se aprovecharon, pues, los momentos antes que renaciese la calma, y Cadoudal tuvo razón al decir, cuando se enteró de la instauración del régimen cesarista: «Hemos hecho más de lo que queríamos: vinimos á dar un rey á Francia y le hemos dado un emperador.» Se debía figurar, como siempre, que la novedad era, no impuesta, sino solicitada, y no tardó en iniciarse un movimiento que simulaba ser fiel intérprete de los deseos del país. Así es que, antes de consumarse el atentado de Vincennes, se elevaron al primer Cónsul multitud de instancias firmadas por los funcionarios públicos, por los colegios electorales y por las corporaciones provinciales y municipales, rogándole que dispase las inquietudes de la nación y consolidara las instituciones, restableciendo el principio hereditario. La señal la dió, en un departamento distante, un oscuro colegio presidido por Ganteaume. Realmente, la nación permaneció agena á estas peticiones, que se dirigía el